

Peter Waldmann

Algunas observaciones y reflexiones críticas sobre el concepto de elite(s)

Elite o *elites* es uno de los términos que, empleados por el público en general, tienen un sentido distinto al que le confieren los científicos. Mientras que en la discusión en los medios masivos se percibe a las elites como algo positivo y saludable (una “elite mala” casi parece una *contradictio in adjecto*), en las ciencias sociales, en la mayoría de los casos se adopta una actitud más crítica hacia ellas. El público en general espera de las elites una renovación moral, la defensa de los valores más altos de una comunidad. En cambio, en las ciencias sociales y políticas existe la tendencia de adoptar una perspectiva puramente funcional.

En el siguiente artículo no se pretende reconciliar estas dos visiones, pero al menos se buscará un acercamiento entre ellas. Sobre todo se trata de demostrar que la concepción funcionalista de elites que predomina en la actualidad, tiene que contener también un “componente” ético y moral. Empezaremos por colocar el concepto en el contexto histórico y social en el que nació y se desarrolló y por determinar sus rasgos y elementos esenciales. A continuación trataremos sólo dos de los problemas que se asocian con las elites: ¿hasta qué punto las elites pueden inducir un cambio socio-político o son expresión de un tal cambio? Y ¿cuál es su papel dentro de los sistemas democráticos? Finalmente añadiremos algunas observaciones sobre el rol de las elites en América Latina.

1. El concepto

“Elite” nunca fue un concepto neutro; desde su creación, hacia fines del siglo XVIII, fue un concepto de fuerte carga política y emocional (Hartmann 2004: cap. 2). Primero sirvió a la incipiente burguesía industrial europea para cuestionar los privilegios hereditarios de la nobleza. Este fue el sentido de la famosa parábola formulado por el Conde (!) Henri de Saint Simon, el socialista “utopista”, a principios

del siglo XIX. El Conde comparó las consecuencias que conllevaría la súbita desaparición de todos los estratos nobles de Francia, unas 30.000 personas, con el impacto que ocasionaría la imprevista muerte de los mejores físicos, biólogos, banqueros, hombres de negocio, ingenieros, artistas, etc., en total, no más de 3.000 personas. Su respuesta fue que el primero de los dos casos no afectaría a Francia, mientras que la súbita desaparición de sus 3.000 mejores cabezas dejaría a la nación como a un cuerpo sin alma (Saint Simon 1869: 17ss.). Después, hacia fines del mismo siglo XIX, *elite* se transformó en un concepto de rechazo y control de la incipiente sociedad de masas, y al mismo tiempo en un instrumento para relativizar las nuevas tendencias democráticas. Los autores “maquiavelistas” o “realistas”, Vilfredo Pareto, Gaetano Mosca y Robert Michels, defendieron la tesis de que, independientemente de la constitución formal de un país, en realidad siempre hay una minoría que tiene el poder y que lo dirige. Esta minoría puede cambiar su composición, cooptar nuevos elementos o incluso ser derrocada por una contra-élite, sin que se invalide lo que Michels llamó “la regla férrea de la oligarquía”, o sea, que siempre son grupos reducidos los que gobiernan (Michels 1910: 362). En el siglo XX, después de la funesta experiencia con el *hitlerismo*, que había sido influenciado por los “clásicos” (Pareto, Michels, etc.), el concepto de *elites* adquirió otro sentido adicional. Este fue introducido porque algunos politólogos y sociólogos llegaron a la conclusión, de que en una democracia moderna de masas los dirigentes políticos difícilmente podían mantener un contacto directo con el pueblo. Necesitarían de algún grupo que articulase las inquietudes y los reclamos de las masas, a la vez de explicarles, interpretarles y justificar frente a ellas las decisiones gubernamentales. Esta tarea de comunicación en ambos sentidos recaería sobre las elites (Stammer 1975: 192-224).

Las situaciones cambiantes en las que se utilizó el concepto afectaron a su contenido y su composición. En lo que al contenido del término “elite” se refiere, ya a principios del siglo XIX ciertos círculos burgueses habían destacado que lo que faltaba era una elite de méritos y no una clase dirigente que legitimaba su posición privilegiada por razones de sangre o méritos militares de los antepasados. Sin embargo, los “clásicos” insistieron en que la minoría que tiene las riendas del poder político en sus manos en cualquier sociedad debe su excelencia no sólo a capacidades y virtudes individuales, sino también a su

procedencia social (Herzog 1995: 467ss.; Hartmann 2004: 37ss.). Contra esta afirmación de una superioridad casi natural de unos pocos con respecto a los demás se levantaron voces críticas. Estos insistían en que en las sociedades modernas hacían falta criterios menos vagos para justificar los privilegios de los cuales goza una elite. Como criterio clave propusieron el éxito profesional. El argumento era, que en cualquier sector de actividad existe una jerarquía de rangos, según el prestigio y los méritos de cada individuo. El que llega hasta la cúspide del respectivo sector, sea de una empresa económica o de una entidad administrativa, forma parte de la elite. Así nacieron las elites *funcionales* (Hartmann 2004: cap. 3).

También el segundo cambio, que se refiere a la composición de elites, fue relacionado con el hecho de que las sociedades modernas se subdividen en varios sectores. Las teorías clásicas habían sido concebidas en base a sociedades aún relativamente homogéneas. Se suponía que sus elites también formaban un cuerpo social homogéneo. Estarían compuestos por miembros unidos por una procedencia social similar, lazos sociales comunes, nexos familiares y una visión y un estilo de vida parecidos. Con la industrialización, la creciente división de trabajo y la cada vez mayor diferenciación social, se dio un cambio radical. Estos procesos tuvieron el efecto de que también las elites se diferenciaran. Hoy en día ya nadie habla de “la elite” de un país, sino que se hace una distinción entre las elites económicas, políticas, administrativas, intelectuales, de medios masivos, etc. La cuestión ya no es sólo, cuál es su relación hacia los respectivos segmentos populares, sino cómo se interrelacionan entre ellas, es decir, si hablan un idioma común, son capaces de ponerse de acuerdo, si persiguen objetivos e intereses comunes o si van por distintos caminos y son incapaces de fijar un rumbo común para el desarrollo del país (Keller 1963; Hoffmann-Lange 2003).

Con tantos cambios en cuanto al concepto mismo y al contexto político e ideológico en el cual el término elite ha sido utilizado, ¿queda aún un consenso mínimo sobre su contenido, una definición que capta sus elementos esenciales? Creo que este consenso existe y que se puede resumir en tres puntos (Endruweit 1979). Primero, una elite, a pesar de que se subdivide en varias elites parciales, siempre será una minoría. En los estados nacionales modernos abarca como máximo 2.000 o 3.000 personas (al núcleo central de una elite pertenecen por lo gene-

ral menos de 1.000 personas), que se diferencian de la mayoría por su rango, su prestigio y su autoridad. Para formar parte de la elite o de las elites, un individuo tiene que ejercer influencia sobre las decisiones relevantes para la sociedad entera. Este es el segundo criterio. Se trata de una fórmula bastante general que abarca a personas de los más distintos sectores, desde las iglesias hasta ejecutivos importantes o intelectuales y artistas. Sin embargo, tiene límites. Una influencia a nivel local o provincial no es suficiente para ser reconocido como miembro de la elite nacional o supranacional. Además la exigencia de “tener influencia sobre decisiones” señala que *elite* es más bien un concepto de acción que parte del peso de una persona en los procesos reales, y no es un término abstracto y estructural. El que quiere formar parte de las elites tiene que probar que lo merece, tratando de influir sobre la opinión pública y las importantes decisiones políticas, económicas, etc. (Demirovic 2003: 124).

Al hablar de méritos hemos abordado el tercer elemento definitorio, el de la selección. *Elite* viene del latín “eligere” y del francés “élire”; regularmente la elite se forma a través de procesos de competencia y de selección. Los criterios para distinguirse de los demás, varían según el sector del cual se trata (también en la mafia siciliana o en los carteles de droga colombianos hay una *elite*) y lo mismo se aplica a la pregunta, quiénes son los que eligen (en muchos casos son los que ya han alcanzado el estatus de miembro de la elite). Teóricamente tendrían que ser los “mejores” dentro de un sector o una profesión, o sea, los más capacitados y eficientes, a quienes se concede la etiqueta de *elite*; pero evidentemente en la realidad no suele ser el caso. En la vida concreta son más bien raras las situaciones en las que mérito y éxito coinciden. La opinión pública por lo general, premia a aquel que ha tenido éxito, sin importar sus méritos. En lo que a nuestra definición se refiere, es importante destacar que la selección se hace en base a la visibilidad de las capacidades y virtudes de los que aspiran al estatus de *elite* (Paris 2003: 60). Cualidades de excelencia que se manifiestan sólo en pequeños círculos privados no son suficientes para alcanzar tal estatus. Así se confirma nuestra tesis que *elite* es un concepto con un fuerte componente de demostración, representación y acción.

En las ciencias sociales el concepto *elite* se emplea actualmente en muchos contextos y con muchos sentidos (Endruweit 1979: 36ss.; Imbusch 2003: 16). Se habla de elites de valores, elites de prestigio,

elites de rendimiento, elites de poder, elites funcionales, elites de posición, elites por estima ajena y elites por apreciación propia. Sin embargo, esta multiplicidad se reduce considerablemente en las obras que se dedican sistemáticamente al tema. Los autores de dichas obras trabajan en su mayoría sólo con dos conceptos: el de elite funcional y el de elite de poder. En trabajos con una base empírica muchas veces ambos conceptos fusionan en uno solo, que se adopta por razones de operacionalidad: el de elite de posición.¹ Este término se refiere a personas que ocupan los rangos más altos en la jerarquía de una burocracia o de un sector profesional, sea una empresa grande, una asociación importante, la Iglesia o una entidad administrativa.

Reducir la temática de las elites y del elitismo de esta manera tiene serios inconvenientes. Sólo quiero mencionar uno: la falta de la dimensión moral, del ámbito de valores en la discusión sobre elites. Ya ha sido mencionado al principio que aquí se abre una amplia brecha entre lo que el ciudadano común entiende por *elite* y el uso que los científicos hacen del término.² Al hombre común, el hecho de que alguien tenga un cargo muy alto, ya sea director de banco o jefe de una gran empresa puede impresionarlo sin llegar a convencerlo de que esta persona merezca la etiqueta *elite*. Para ser digno de este atributo no es solamente importante el rango que alguien ocupe, sino también la forma de la cual éste administra su cargo. ¿Es justo o injusto, oportunista o autónomo en su juicio, arrogante o modesto, solidario con sus subordinados o sólo interesado en su propio porvenir? La mayoría de los sociólogos y politólogos rechaza la noción de *elites de valor*, argumentando que en las sociedades modernas y pluralistas es muy difícil definir una clara jerarquía de valores. Además, ven el peligro de que los valores supremos oficialmente sancionados pueden servir como pretexto para legitimar sistemas autoritarios o totalitarios (tal y como sucedió en Alemania después de 1933 y en los países comunistas).³ Estos argumentos merecen ser tomados en serio, sobre todo hay

1 Hoffmann-Lange (2003: 114); Kraus (2003: 37). Véase también la más reciente investigación sobre elites en Alemania después de la reunificación en Bürklin et al. (1997); este estudio se basa también en el "método de posición".

2 Sobre el nuevo interés que recientemente tienen los círculos científicos en las elites de "valor", véase Imbusch (2003: 14).

3 Sobre el concepto de "elite de valores": Endruweit (1979: 36ss.); Stammer (1975: 193) se pronuncia explícitamente en contra de ellas, Kraus (2003: 39ss.) se expre-

que desconfiar cuando el discurso elitista y la justificación de *elites* tiene su origen en los propios círculos dominantes (Lüthje 1995: 180s.). Por el otro lado no parece ser tan difícil juzgar quiénes de aquellos que ocupan altos cargos en la política, la administración pública, la economía, etc., merecen el respeto y la admiración y quiénes parecen abusar de sus privilegios. El que con cierta regularidad sigue las informaciones y los comentarios sobre asuntos públicos en los periódicos, suele tener una idea bastante clara de quién pertenece a una categoría u otra. El error principal del enfoque funcionalista, a mi modo de ver, consiste en que no puede cumplir con sus propias premisas. Para que una sociedad “funcione” no es suficiente que todas las elites sectoriales cumplan con sus funciones, sino que hace falta algo más. Ya los representantes clásicos de la teoría de sistemas sabían, que para estabilizar y consolidar los sistemas sociales era indispensable una base firme de valores y de orientaciones comunes de sus miembros. T. Parsons en este contexto habló de “latent pattern maintenance” (Parsons 1964: 41ss.); consideraba que, para evitar la desintegración de una sociedad, era necesario cultivar y fomentar cualidades tales como el sentido de obligación de la responsabilidad, de la solidaridad social y de la prioridad del bien común por encima del bien personal. Ya no vivimos en una época en la que se puede esperar que una elite específica represente y “administre” estos valores. Tanto más importante es que todos los que reclaman el estatus de elite tengan en cuenta en su conducta esta dedicación al bien común. Al prescindir de esto, el concepto de *elite* en la percepción común tendrá un fuerte resabio de cinismo.

Ya que estoy por criticar las debilidades del concepto, tal como es empleado actualmente, quiero añadir dos puntos más. El primero se refiere a la relación entre las elites y el resto de la población. En muchos estudios sobre elites se evita este tema y al mencionar a “los demás” por lo general se les denomina *masa*. Se supone que la historia está hecha por las elites, sean elites que gobiernan, sean elites contestatarias que tratan de derrocar y sustituirlas. Este esquema me parece ser demasiado simplista, no refleja la dinámica real de las sociedades ni en el pasado y mucho menos en la actualidad (Krais 2003a: 101).

sa con más cautela y aboga en el fondo por su reinserción en la discusión científica.

La *masa* y las *elites* no son entidades separadas; sobre todo en sistemas abiertos y democráticos hay una fuerte fluctuación entre ambas. Las elites representan de cierto modo los diferentes sectores del pueblo y al mismo tiempo estos sectores y la población en general reflejan en sus orientaciones y su estilo de vida el ejemplo que los dan las elites. Aquí se abre un interesante campo de investigación sobre las influencias recíprocas.

El otro tema que también merece mayor atención es el del control de las elites. Lo óptimo sería, que los miembros de las elites tuvieran las cualidades morales necesarias para controlarse a sí mismos, pero esto no es siempre así. Para los autores que postulan que en las sociedades occidentales hay un pluralismo de elites y que equiparan *elite* con el conjunto de personas que ocupan los puestos claves en la estructura formal de un país, esto no es un problema mayor. Porque en la estructura formal de cualquier burocracia moderna siempre hay mecanismos de control, es decir, estatutos que fijan responsabilidades y que obligan a los jefes de una entidad a rendir cuentas de sus actividades. Sin embargo, se pueden formular objeciones contra esta visión puramente formal de la estructura elitista. Se puede argumentar que a pesar del pluralismo aparente de las elites modernas, hay una conciencia común, redes de apoyo mutuo, mecanismos informales para defender intereses comunes, etc. (Hartmann 2004: 175ss.). Si se acepta esta perspectiva más escéptica, cabe formular la pregunta, ¿cuáles son las posibilidades de frenar y controlar este tipo de acuerdos informales? ¿Hay otros medios que el de hacer más transparentes estas conexiones y de apelar a un código de honor de los miembros de un elite?

2. Elites y cambio social

En muchos países occidentales, especialmente en Alemania, en situaciones difíciles regularmente hay voces que reclaman la falta de elites o la falta de cambio de elites. Esta exigencia refleja la convicción corriente de que sólo o en primer lugar las elites de un país son capaces de resolver los problemas. Se trata aquí de una opinión con un aspecto realista y uno utópico. Es realista en el sentido de que el mayor interés de las elites, sean viejas o nuevas, es el de salvar las estructuras existentes, ya que deben su posición privilegiada a éstas. Aún más justificada parece esta visión positiva de las elites si asumimos que efecti-

vamente sienten una responsabilidad con la sociedad entera y su futuro, tal y como lo hemos postulado arriba. Pero a su vez, el alto crédito que se otorga a las elites tiene un fuerte componente ilusorio. Se basa en la doble premisa de que, para salir de un impase estructural, lo que cuenta es la actitud de las elites y su disposición de realizar las reformas necesarias. Ambas premisas son muy dudosas; sobre todo a la segunda provoca la objeción de que por lo general las elites no son progresivas, sino más bien conservadoras. Tienen la tendencia a frenar el cambio y sólo hacen las concesiones necesarias cuando ya no hay otra alternativa.

La relación entre elites y procesos de cambio socio-político desde siempre ha sido un tema central de la sociología de elites. Ya los clásicos lo han tratado extensivamente. Pareto introdujo la fórmula de la circulación de elites; Mosca hacía una distinción entre fases en las que las elites se abren y recogen elementos nuevos y fases en las que se cierran y tratan de cimentar sus privilegios.⁴ La mayoría de los estudios tanto empíricos como de tipo teórico que se han dedicado al tema, se pueden resumir en dos tesis. Primero, frente al cambio las elites muestran por lo general una actitud de freno y retardación. Una vez conquistado el poder y ocupado los puestos claves no ven ninguna razón de cambiar el status quo, y para impedir la transformación de la situación existente se sirven de una multitud de pretextos. Sin embargo, en caso de ser necesarias, hacen concesiones. Esta sería la segunda tesis: es visible que a largo plazo los cambios estructurales de una sociedad tienen como consecuencia que con cierto atraso sus elites también cambian, adaptándose a las nuevas circunstancias. Cambian su composición y también su orientación. En el caso de que no hagan las concesiones necesarias arriesgan ser derrocadas por una sublevación popular o un golpe violento y ser sustituidas por otras elites.

Para ambas tesis, la del conservadurismo y la tenacidad con la que las elites defienden su posición por un lado, y su paulatina transformación por el otro, hay abundantes pruebas históricas. Sin una resistencia férrea casi ciega de las elites contra cualquier cambio sustancial sería difícil explicar las grandes revoluciones que tuvieron lugar en occidente en los últimos dos siglos, como son la revolución francesa, la

4 Las partes clave de los textos de los dos clásicos se pueden leer en Mills (1966: 191ss., 261ss.); Röhrich (1975: 28ss., 117ss.).

rusa o la mexicana. Pero llama la atención que después de la caída de los viejos regímenes feudales, muchas familias nobles lograron mantener su estatus de elite incluso bajo las nuevas condiciones políticas. Así por ejemplo en Alemania hasta muy avanzado el siglo XX tanto en la alta jerarquía militar como en ciertos ministerios (p.ej., el ministerio de asuntos exteriores) había un porcentaje desproporcionadamente alto de nobles. En Francia R. Aron observó un fenómeno similar. Al examinar la composición social de la elite política de la IV República en los años 50, constató que muchos de los dirigentes de partidos ya habían tenido funciones similares antes de la guerra o provenían de familias con destacados líderes políticos (Aron 1975: 162ss.). En el ámbito científico y artístico hay verdaderas dinastías familiares que han logrado alcanzar rangos muy altos en sus respectivas ramas durante generaciones.

En lo que a la transformación paulatina de las elites se refiere, desde siempre ha sido un tema que ha fascinado a los expertos. Ya Mosca había observado que las cualidades que marcan el estatus de elite no permanecen siempre iguales. Las virtudes de la nobleza, como son la firmeza del carácter, el sentido del honor y el coraje, muy útiles en tiempos de batalla, pierden importancia en una época de paz, cuando florecen la industria y el comercio (Mosca 1966: 196). El primer esfuerzo serio para investigar la continuidad y el cambio de elites fue el famoso proyecto RADIAR, iniciado por Harold Lasswell y Daniel Lerner en los años 50 del siglo pasado (Lasswell/Lerner 1965). En una amplia comparación, que incluía a países como Alemania, Japón, Rusia e Italia exploraron qué impacto han tenido los grandes cambios políticos y estructurales de la primera mitad del siglo sobre la composición de la elite política. Recientemente otra investigación se dedicó al mismo tema (Best 2003). Los resultados de ambos proyectos coinciden en gran parte: A los grupos feudales que habían ejercido el liderazgo político en tiempos preindustriales les sucedió primero el “empresario” político, que logra transformar una gran fortuna que ha acumulado o la posesión de tierras en “capital” político. Después de éste, el político profesional sube a la plataforma política; ejerce su “profesión” de varias maneras: primero viene el intelectual y especialista en “símbolos”, le sigue el demagogo, el último en la cadena es el tecnócrata, que sabe organizar y representar a los partidos políticos en una democracia de masas.

Desde un ángulo algo más abstracto hay que diferenciar entre dos modos de cambio de elite política: el cambio durante y dentro del régimen político, y el cambio que coincide con la caída de un régimen. En el primer caso la transformación de elites suele ser un proceso lento y continuo. Algún sector o subgrupo dentro de la elite pierde peso, otro se vuelve más importante. Por ejemplo, en todos los países occidentales hasta los años 80, los militares formaban parte de las elites nacionales. Hoy, al menos en los países europeos, ya no tienen tanta importancia, en cambio los altos representantes de los medios masivos y de la justicia están en primer plano (Hoffmann-Lange 2003: 112ss.). Al contrario, si de golpe un régimen es sustituido por otro, esto significa regularmente (casos excepcionales como el de un miembro de la vieja elite que cambie de rumbo y sepa ganar prestigio en las nuevas condiciones confirman la regla) que una elite enteramente nueva tome las riendas del gobierno. Las causas de la caída de un régimen pueden ser varias, como por ejemplo una revolución, una guerra perdida, la “anexión” de un Estado por otro como sucedió con la ex-RDA después de 1989 o la retirada voluntaria del equipo gobernante. De todos modos esta ruptura tiene como consecuencia que las viejas estructuras de poder se disuelvan de manera que se abre el espacio para el ascenso de elites nuevas.

Un concepto clave que ya ha sido utilizado por Pareto en este contexto es el de *contra elites*. Pareto (1966: 267-294) asumió que había una circulación perpetua de elites. Hizo una distinción entre elites en el poder y elites no gobernantes. A su modo de ver los que gobernaban, los “leones” (Machiavelli) eran sustituidos por las contra elites, los “zorros”, porque cada vez menos se atrevían a emplear medios coactivos para defenderse. *Contra elites* son grupos o estratos sociales que tienen intereses e ideas alternativas a las de la elite gobernante y quieren conquistar el poder. Pueden salir de cierta generación o institución, formarse abiertamente o en secreto, articular sus reclamos a través de un partido nuevo o en marchas de protesta. Regímenes autoritarios en general no toleran voces críticas y movimientos de protesta. Grupos que defienden proyectos políticos alternativos en sistemas autoritarios tienen que mantenerse calmos y actuar en secreto. En cambio, la mayoría de los regímenes democráticos aceptan una oposición, incluso si ésta se encuentra al borde de la legalidad. En vez de suprimirlos, tratan de dialogar con los líderes de estos grupos disiden-

tes. A largo plazo muchas veces los cooptan o integran en las filas de la elite establecida. Para *elites inteligentes* desde siempre los mecanismos de cooptación e integración han sido el camino preferido para copar los ataques contra su situación privilegiada y mantener el status quo de distribución del poder.

Resumiendo hay que constatar que las elites por lo general no promueven el cambio.⁵ Sólo en situaciones excepcionales, cuando la nación entera y también su propia posición está en juego, tomarán iniciativas y desarrollarán actividades para enfrentar el futuro. Es más típica para ellas una actitud de espera. Perciben el cambio menos como algo deseable sino como un reto al que hay que reaccionar.

Hay autores como el sociólogo suizo Walter Rugg, que ven en esta actitud cautelosa, conservadora, una virtud (Rugg 1983: 62ss.). Rugg advierte *contra-elites académicas* a las que les hace falta la práctica y que, cuando llegan al poder, lo convierten en una plataforma para todo tipo de experimentos políticos y sociales. Subraya que adquirir prestigio y ejercer autoridad son cualidades que no se aprenden de golpe. En Suiza por ejemplo, el ascenso de una condición modesta a un estatus de elite era tradicionalmente un proceso lento que duraba dos o tres generaciones. El tema que Rugg toca de esta manera es el del *aprendizaje* para las elites. Es un tema delicado y multifacético que no podemos profundizar aquí. Lo que sí parece evidente es que hay cierta tensión y hasta contradicción entre dos principios constitutivos para el concepto de *elite*: El principio de selección, que en última consecuencia implica igualdad de posibilidades de todos para acceder al estatus de elite por un lado; y por el otro, el principio de responsabilidad y autoridad, virtudes que no se aprenden rápidamente, sino que son adquiridos en procesos lentos que pueden trascender una sola generación.

3. Elite y democracia

Los dos términos son aparentemente polos opuestos. El concepto de *elite* implica la selección de unos pocos, mientras que el principio básico de la democracia es la igualdad de todos. El mérito de haber conciliado ambos extremos los tiene la “segunda” generación de cien-

5 Cfr. Mosca (1966: 200); grupos dinámicos que promueven el cambio y tratan de ganar terreno se les puede llamar “grupos estratégicos”, cfr. Evers/Schiel (1988).

tíficos que trabajaron sobre *elites*: Otto Stammer, Raymond Aron y Michael Freund, cuyos artículos respectivos aparecieron en los años 50 del siglo pasado.⁶

Era menos un interés teórico que una preocupación práctica la que impulsó su incursión en el tema. Para los autores alemanes fue el derumbe de la República de Weimar que preparó el terreno para el ascenso de Hitler. Les pareció necesario evitar que esta experiencia histórica se repitiera. R. Aron tenía ante sus ojos el espectáculo de la inestabilidad ya crónica de la IV^a República en Francia. En ambos casos el diagnóstico fue similar. Los autores llegaron a la conclusión de que en el fondo era la falta de elites responsables a la que se debía la debilidad del sistema democrático tanto en la República de Weimar como ahora en Francia. Sus artículos, sobre todo los de los alemanes, se escribieron con la intención de contribuir a reparar este error.

Sería demasiado complicado reproducir aquí todos sus argumentos. Pero la pregunta del por qué las democracias modernas no pueden prescindir de las elites pueden resumirse en dos razones principales. La primera razón consiste a que es ilusorio pensar en una conexión directa entre los dirigentes políticos y el pueblo en las democracias de masas modernas (Stammer 1975: 205ss.). Ambos viven en esferas distintas, tienen contactos, predilecciones y preocupaciones distintas. Entonces le corresponde a las elites la tarea de constituir un puente entre ellos. Esta es la idea central de Stammer, un tema que varía a lo largo de su artículo. *Elites* tienen, a su modo de ver, un doble papel. Tienen que articular y canalizar las inquietudes y los reclamos del pueblo, así como representar los intereses de sus “grupos madres” de los que han salido; y al mismo tiempo les incumbe también la tarea de transmitir, interpretar y defender las decisiones tomadas por los líderes y altos gremios políticos hacia el pueblo. Tienen, dicho con otras palabras, la función de intermediario entre ambas partes, integran la base con la cúpula del sistema político garantizando entre ambas cierto flujo de comunicación.

La segunda razón por la que las democracias modernas requieren elites es que sin personajes independientes con juicio propio, arriesgan ser amenazadas por oportunismo e inestabilidad. Especialmente Aron

6 Véanse los artículos de los tres autores en Röhrich (1975: 136-191, 192-224, 225-250).

y Freund percibieron muy claramente el peligro de que la nueva clase de políticos profesionales perseguiría sólo intereses a corto plazo e hiciera cualquier promesa o concesión a su clientela electoral para ser reelegidos (Aron 1975: 179ss.). Para contrarrestar tales tendencias, les pareció necesario que hubiera también personas que viviesen “para la política”, no sólo “de la política” (como dijera alguna vez Max Weber). Freund, un típico representante de la clásica escuela del liberalismo democrático, fue aún más lejos. Afirmaba que las democracias, para poder sobrevivir, necesitan atraer a individuos que no deben su prestigio al hecho de haber sido elegidos, sino que son elegidos porque ya tienen autoridad y prestigio social.

Esta fórmula algo provocadora nos lleva de nuevo a la pregunta, si miembros de la elite política deberían tener también cualidades morales. Stammer en este punto es categórico. Rechaza enérgicamente la idea de una *elite de valor*, ya que le parece ser anticuada y además se prestaría a toda clase de pretensiones de superioridad natural por parte de los miembros de las elites. Insiste en que la selección de los cuadros de elite debe obedecer a criterios puramente funcionales (Stammer 1975: 202ss.). Sin embargo, su texto está lleno de imperativos normativos: *La elite tiene el papel*, *la elite debe*, *tiene la obligación de*, etc. Surge la pregunta acerca de cuál es la recompensa por tanto servicio y disposición de contribuir a la estabilidad democrática que se les pide, un punto sobre el que Stammer dice poco. De esta manera se llega a la conclusión de que sólo tendrán interés en aceptar ser miembros de la elite política aquellos individuos con un alto grado de responsabilidad, un estatus que conlleva muchas obligaciones y pocos derechos. En lo que a Freund se refiere, desde un principio deja pocas dudas de que el hecho de pertenecer a la elite, a su modo de ver, es entre otras cualidades, una cuestión de carácter. Con esta afirmación reanuda una vieja tradición de pensamiento político que remonta hasta Montesquieu, quien postulaba que el principio de la democracia era la virtud (Freund 1975: 225ss.; Montesquieu 2003: 119ss.).

Uno de los problemas que particularmente preocupaba a estos clásicos de la segunda generación, era el pluralismo de intereses y orientaciones inherente a las democracias modernas. ¿No había sido la razón principal por la que la República de Weimar había fracasado, el hecho de que las diferentes fuerzas políticas no habían sido capaces de encontrar un consenso mínimo? De hecho se trata de un fenómeno

muy controvertido y ambiguo, no sólo en lo que a los hechos se refiere (si este pluralismo es real o sólo aparente), sino también en cuanto a la valoración de estos hechos. Simplificando mucho, parecería que a los sociólogos el pluralismo de elites les parece ser algo saludable mientras que los politólogos más bien lo temen. Estas diferencias tienen mucho que ver con las ansiedades de ambas disciplinas. A los sociólogos lo que les preocupa es la concentración del poder y las dificultades de controlar a las elites políticas si se encuentran unidas en un solo bloque. En cambio, a los politólogos les interesa en primer lugar que las elites tengan la cohesión y capacidad suficientes como para poder conducir al país. Por eso un consenso entre ellas sobre reglas, procedimientos, ideas e intereses, sea formalizado o informal, les parece en principio como algo positivo. La existencia de un “Establishment”, altamente sospechoso desde la perspectiva de muchos sociólogos (aunque Ralph Dahrendorf, quien más propagó esta idea, es sociólogo), en los ojos de los politólogos es una especie de garantía para que los diferentes grupos de la elite se puedan poner de acuerdo sobre decisiones centrales.

Hablando abstractamente, sin referencia concreta, resulta difícil opinar dónde reside el mayor peligro, si en un pluralismo exagerado que dificulta el entendimiento entre las diversas elites o en su concentración en un solo bloque, que tiene como consecuencia que los procesos de toma de decisiones se vuelvan opacos. Mucho depende de la cultura política en un país. Ni siquiera se puede descartar que en casos extremos ambos males coincidan, es decir, que las elites oficialmente se enfrenten con mucha dureza, mientras que al mismo tiempo informalmente compartan los frutos del poder.

El argumento principal con el que Stammer justifica la presencia de elites en los sistemas democráticos, o sea, la creciente distancia entre los dirigentes políticos y el pueblo, hoy en día ya no es plausible. Métodos demoscópicos y los medios masivos, sobre todo la televisión, han acercado de nuevo a ambas partes. ¿Significa esto, que en democracias postmodernas las elites ya son superfluas? Creo que no, esencialmente por dos razones: Primero, siguen teniendo razón Aron y Freund cuando observan, que en la lucha política cotidiana los objetivos de corto plazo y las promesas que apuntan a intereses particulares ponen en un segundo plano las decisiones impopulares pero vitales a mediano y largo plazo. Hacen falta coraje y un sentido de responsabi-

lidad para poner en la agenda política con regularidad estos asuntos centrales para el futuro. Las mismas virtudes son necesarias para resistir a la tendencia general, propia a cualquier clase dominante, de cerrar sus filas y transformarse en un club de miembros que se conceden ventajas mutuas. La segunda razón para fundamentar la necesidad de elites en una democracia es que constituyen la barrera más eficaz para impedir que líderes autoritarios bonapartistas tomen el poder. Un orden democrático por sí solo no tiene que ser un obstáculo para que políticos ambiciosos acaparen el poder y establezcan un régimen plebiscitario-autoritario de corte bonapartista.⁷ Dirigentes políticos populistas y sus movimientos, como Menem y Kirchner en la Argentina, Fujimori en Perú y Chávez en Venezuela han demostrado que una democracia formal no excluye un gobierno con fuertes rasgos autoritarios. Nuestra tesis es que, para impedir que líderes populistas carismáticos tomen el poder lo que hace falta es una elite política intacta. ¿Significa esto que en América Latina no hay elites políticas verdaderas?

4. Elites en América Latina

Tratamos de resumir los resultados de nuestras reflexiones: *Elite* no es sólo un concepto descriptivo, como alguien ha dicho, sino que implica cierta visión de una sociedad. Tiene que tratarse de sociedades hasta cierto punto abiertas, donde los individuos con talento a la aplicación puedan subir en la escala social. En sociedades modernas que se caracterizan por un alto grado de diferenciación económica y social, ya no existe una sola elite, sino varias elites sectoriales. Representan su sector y reflejan sus ideas e intereses. Sin embargo, el modelo de las elites funcionales, que es el que domina hoy en día, es sólo viable, si las elites parciales no sólo defienden los intereses de su sector respectivo. Tienen que estar dispuestos a hacer compromisos con los representantes de otros sectores y no perder de vista el bien de la comunidad entera en su actuación. Sin esta conciencia de responsabilidad, cierta orientación hacia el bien común, la idea de una elite y con ella todo el modelo funcionalista no tiene mucho sentido y sería preferible sustituirlo por otro modelo, por ejemplo, el de lucha de clases.

7 La discusión sobre bonapartismo tiene como base el famoso análisis, hecho por Marx del Régimen de Napoleón III; véase Marx (1974).

La experiencia histórica demuestra que las elites suelen ser adversas al cambio social y político. Adoptan por lo general una actitud de retardación y resistencia frente a las innovaciones, reaccionan en vez de tomar ellas mismas iniciativas renovadoras. Cuando se deciden a actuar, se trata en muchos casos de esfuerzos para salvaguardar o restablecer la situación existente, no para transformarla. La velocidad del cambio en estas circunstancias depende mucho del peso de las contra elites y de la presión que ejercen sobre las elites. Las elites que están en el poder tratarán de debilitar a las contra elites cooptando sus elementos más ambiciosos. Si se muestran demasiado reacias, arriesgan el derrumbe del régimen entero, lo cual tiene como consecuencia la sustitución de una elite gobernante por otra.

En lo que a los sistemas democráticos se refiere, éstos no pueden prescindir de elites. Ya que el juego electoral favorece los cálculos a corto plazo y la tentación de cada político por defender los intereses de su clientela es grande, es importante que haya también personajes independientes con una visión del conjunto que abarque el presente y el futuro, personajes que viven **para** la política, no **de** la política, como dijo Max Weber. Una elite política en este sentido es al mismo tiempo el mejor garante y mayor obstáculo contra las tendencias autoritarias que ninguna institución ni constitución puede frenar si la cultura política de un país o una región las promueve y apoya.

¿Cuál es la relevancia de estas consideraciones para América Latina? ¿Tienen alguna importancia las distinciones y los postulados desarrollados aquí para esta región? Todavía no existe una teoría de elites para América Latina; desde la aparición del libro clásico de S. Lipset y A. Solari este tema raramente ha sido trabajado (Lipset/Solari 1969). Las observaciones que a continuación se presentan no pretenden llenar este vacío, se trata sólo de unas ideas preliminares sobre cómo habría que enfocar el problema.

Vistas en su conjunto, las estructuras de las sociedades latinoamericanas no son tales, que hablar de procesos de selección, de ascenso social y profesional, pareciera de antemano un absurdo. Por cierto, la desigualdad de oportunidades en estos países es enorme, para ciertos estratos y grupos étnicos (los indios y los negros, p.ej.) es casi imposible llegar al círculo exclusivo de personas que “tengan influencia so-

bre decisiones que tienen relevancia para la sociedad entera”.⁸ Por el otro lado, igual que en los Estados Unidos, se trata de sociedades de inmigrantes que no son cerradas, sino que ofrecen al individuo ambicioso y trabajador la posibilidad de avanzar económica y socialmente. Si bien es poco probable que ya el inmigrante mismo llegue a la cumbre de la pirámide social, no se puede excluir esta posibilidad para las generaciones venideras –lo cual sería suficiente como para definir a estas sociedades, según los criterios de W. Rugg, como relativamente abiertas.

Son menos las sociedades latinoamericanas, que las características de sus grupos dirigentes, las que despiertan dudas, si tiene mucho sentido hablar de elites en este contexto. La trayectoria histórica de estos grupos, según el criterio que se emplea, puede ser leída de dos maneras: puede ser percibida como un éxito continuo o una serie de relativos fracasos. Si se los mira aisladamente no cabe duda que han sido exitosos en sus esfuerzos de defender su posición dominante, sus bienes y privilegios y sus posibilidades de ejercer influencia sobre las otras capas sociales. Ha habido cambios, ya no son los grandes hacendados los que forman el núcleo de cuadros dirigentes, sino gente que ha hecho fortuna en la industria, el comercio y los servicios. También en América Latina, ha tenido lugar cierta diferenciación de los sectores y elites profesionales, así como en Europa, la plataforma política ha sido conquistada por el individuo, que hace de su carrera política una profesión (y en no pocos casos también un buen negocio). Sin embargo, mirando el conjunto se puede afirmar que las elites dominantes demuestran una espectacular continuidad y estabilidad. Como lo describen W. Bernecker y R. Zoller para el caso brasileño, desde hace generaciones son las mismas familias las que ocupan los puestos claves, sobre todo en las provincias. Algo similar se puede constatar en Colombia.⁹ Esta relativa continuidad llama tanto más la atención, ya que forma un contraste fuerte con la crónica inestabilidad política de la región: rebeliones populares, revueltas y golpes militares, transiciones pactadas de un gobierno al otro, cambios bruscos entre demo-

8 Aunque en el momento en el que se escriben estas líneas, por primera vez en la reciente historia latinoamericana un indio tiene la mayoría de votos en un país y muy probablemente va a ser elegido presidente. Se trata de Evo Morales en Bolivia (cfr. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 20.12.2005, p. 1).

9 Véase el artículo de Walther L. Bernecker y Rüdiger Zoller en este volumen.

cracia y dictadura y viceversa –todas estas convulsiones han quedado en cierto sentido en la superficie, no han tocado las estructuras más profundas de dominación y de relaciones de poder.

El panorama cambia drásticamente si nos preguntamos qué es lo que las *elites* han hecho desde su posición privilegiada, cuál ha sido su contribución para el desarrollo del país y de la sociedad entera, es decir si aplicamos nuestro criterio que para ser elite no es suficiente defender exitosamente los intereses del propio grupo o sector sino que hace falta algo más, un sentido de responsabilidad para los otros sectores y la sociedad entera. Ha habido grupos con este sentido, por ejemplo, la oligarquía argentina de los años 80 del siglo XIX y gran parte de la elite chilena en el siglo pasado. Pero el balance general que se puede hacer después de doscientos años de independencia formal es deprimente. No han faltado las grandes promesas y discursos que abrieron nuevos horizontes. Las clases dirigentes latinoamericanas son maestras en la retórica del bien común y de promesas de un gran futuro para todos. Pero cuando se miran los resultados de su actuación concreta, sólo queda la desilusión. Sobre todo en la segunda mitad del siglo XX el desarrollo de la mayoría de estos países dejó mucho que desear. Desde una situación relativamente favorable en la que se encontraba la región hace 50 años, ha decaído cada vez más. La mayoría de los países asiáticos, que eran entonces mucho más pobres, entretanto han superado a los países latinoamericanos. El lento desarrollo económico de éstos va a la par con una enorme desigualdad social, sobre todo en lo que a ingresos y distribución de bienes de valor se refiere. Ninguna otra región y pocos otros países en el mundo alcanzan valores tan negativos en el índice de Gini (Waldmann 2000). En las sociedades latinoamericanas hay un desnivel espectacular, una especie de abismo entre las condiciones de vida de las clases ricas y pudientes por un lado, y los estratos pobres y marginados a quienes les faltan los medios más elementales para sobrevivir, por el otro. La injusticia social reinante, más que un producto casi natural de las fuerzas del mercado de trabajo, es algo conscientemente tolerado e intencionado por los estratos ricos, (que se protegen contra las secuelas “de la miseria social en forma de una alta criminalidad” amurallándose en barrios y dejándose proteger por una policía privada). Es la expresión más inequívoca de su indiferencia hacia la suerte de las otras capas sociales y su afán en perseguir sus propios intereses.

Entre las causas que podrían explicar tal descuido del bien público y común y de las clases pobres quiero mencionar sólo dos: La fuerte orientación de las clases dirigentes latinoamericanas hacia afuera, tradicionalmente hacia Europa, hoy en día más hacia los Estados Unidos, y la relativa debilidad de las contra elites. A su inclinación a dejarse inspirar por sucesos y corrientes internacionales, las elites latinoamericanas les deben fuertes impulsos intelectuales y políticos.¹⁰ Impresiona su gran capacidad de reaccionar rápida y flexiblemente a retos provenientes de una nueva constelación económica o política internacional. Sin embargo, cabe la pregunta, si este sentirse parte de una comunidad amplia que abarca al occidente entero no les quitó al mismo tiempo la voluntad y energía de identificarse con sus propios países, mucho más limitados en sus posibilidades. El hecho solo de que cualquier familia rica en América del Sur disponga de una cuenta bancaria en Europa o en los Estados Unidos es significativo en este sentido, porque muestra que la confianza en el futuro económico del propio país no es muy grande.

Otro factor que permitió a la clase dominante mantener su posición ventajosa y hacer pocas concesiones a otras capas, fue la falta de contra elites vigorosas y pujantes. Han tenido lugar pocas revoluciones verdaderas en la región, la mayoría de los ataques contra el sistema vigente pudieron ser frenados sin ninguna reforma estructural. Grupos rebeldes populistas, grupos guerrilleros izquierdistas y recientemente los movimientos indigenistas en su mayoría han tenido un rasgo en común: regularmente en sus palabras eran más radicales que en sus intenciones y prácticas. Sus líderes anunciaban un cambio fundamental, para, una vez conquistada una parte del poder, volverse mansos y moderados. Las oligarquías latinoamericanas han aprovechado ampliamente el ímpetu transformador limitado de los movimientos rebeldes. Con cierta regularidad han abierto sus filas y cooptado a los líderes de los movimientos contestatarios sin renovar el sistema en sus fundamentos.¹¹

Todo lo dicho se refleja también en el sistema político que prevalece actualmente en la región, o sea en la democracia latinoamericana. En realidad han sido mis observaciones en esta región, las que me

10 Véase el artículo de Nikolaus Werz en el presente volumen.

11 Anderson (1967) postuló esta tesis hace 40 años.

dieron el impulso decisivo para postular mi tesis de que una concepción puramente funcionalista de elites es incompleta, ya que además hace falta un elemento de virtud y de orientación hacia el bien común.¹² Esta perspectiva es poco corriente en Europa. En el viejo continente predomina aún la convicción de que un alto grado de profesionalidad de los altos mandos políticos y los funcionarios, junto con un sistema elaborado de controles serían suficientes para frenar los apetitos de un enriquecimiento ilícito. Cuando uno observa los procesos políticos en América Latina, se hace evidente que esto es una ilusión. La especialización profesional y los controles severos no alcanzan para inhibir prácticas ilegales y corruptas en las esferas políticas y administrativas, cuando no son respaldadas por una cultura que aprecia y apremia virtudes como la responsabilidad cívica, la integridad personal y la dedicación al bien común. Si tal cultura existe depende mucho del ejemplo dado por las viejas y las nuevas elites. Siempre es peligroso generalizar, en todas las capas de las sociedades latinoamericanas ha habido personas excelentes con una enorme disposición de sacrificio y sentido de responsabilidad. Sin embargo, en su conjunto las elites latinoamericanas no han ofrecido los ejemplos adecuados, no han marcado las pautas que inspirarían al ciudadano común a seguirles en el camino de virtud cívica.

No es casualidad que las instituciones políticas y estatales (y sus representantes) en toda la región tienen poquísimos prestigio en la población; tampoco, que más de un ex-presidente actualmente es perseguido por la justicia o que en uno de estos países recientemente se publicó un libro con el título provocador “El Estado parasitario”, en el que se acusa a los políticos y funcionarios de defraudar sistemáticamente a la ciudadanía.¹³

Se ha observado con razón que en condiciones de extrema desigualdad social, como son características para muchos países latinoamericanos, la democracia que se basa en la igualdad de derechos tiene dificultades de arraigarse. Estas dificultades pueden volverse casi insuperables si los mismos representantes de un orden democráti-

12 Véase Waldmann, Peter (2006): *El Estado anómico. Derecho, seguridad pública y vida cotidiana en América Latina*, 2. ed, Madrid.

13 Nolte (1999); Escudé (2005); *Neue Zürcher Zeitung* (2005).

co, los políticos y los funcionarios públicos, pecan constantemente contra el espíritu de la democracia y del Estado de derecho.

Bibliografía

- Anderson, Charles W. (1967): "Toward a Theory of Latin American Politics". En: Snow, Peter (ed.): *Government and Politics in Latin America*, New York, pp. 230-246.
- Aron, Raymond (1975): "Die Gesellschaftsstruktur und die herrschende Klasse". En: Röhrich, Wilfried (ed.): *"Demokratische" Elitenherrschaft. Traditionsbestände eines sozialwissenschaftlichen Problems*. Darmstadt, pp. 136-191.
- Best, Heinrich (2003): "Der langfristige Wandel politischer Eliten in Europa 1867-2000: Auf dem Weg der Konvergenz?". En: Hradil, Stefan/Imbusch, Peter (eds.): *Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen*. Opladen, pp. 369-391.
- Bürklin, Wilhelm et al. (1997): *Eliten in Deutschland*. Opladen.
- Demirovic, Alex (2003): "Elite – einige Vorbehalte aus der Perspektive kritischer Gesellschaftstheorie". En: Hradil, Stefan/Imbusch, Peter (eds.): *Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen*. Opladen, pp. 123-132.
- Endruweit, Günter (1979): "Elitebegriffe in den Sozialwissenschaften". En: *Zeitschrift für Politik*, vol. 26, pp. 30-46.
- Escudé, Carlos (2005): *El Estado parasitario. Argentina. Ciclos de vaciamiento. Clase política delictiva y colapso de la política exterior*. Buenos Aires.
- Evers, Hans Dieter/Schiel, Tilman (1988): *Strategische Gruppen. Vergleichende Studien zu Staat, Bürokratie und Klassenbildung in der Dritten Welt*. Berlin.
- Hartmann, Michael (2004): *Elitesoziologie*. Frankfurt am Main /New York.
- Herzog, Dietrich (1995): "Politische Elite/Politische Klasse". En: Nohlen, Dieter (ed.): *Lexikon der Politik*, tomo I. München, pp. 467-472.
- Hoffmann-Lange, Ursula (2003): "Das pluralistische Paradigma der Elitenforschung". En: Stefan Hradil/Peter Imbusch (eds.): *Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen*. Opladen, pp. 111-118.
- Imbusch, Peter (2003): "Konjunkturen, Probleme und Desiderata sozialwissenschaftlicher Elitenforschung". En: Hradil, Stefan/Imbusch, Peter (eds.): *Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen*. Opladen, pp. 11-32.
- Keller, Suzanne (1963): *Beyond the Ruling Class. Strategic Elites in Modern Society*. New York.
- Krais, Beate (2003): "Begriffliche und theoretische Zugänge zu den 'oberen Rängen' der Gesellschaft". En: Hradil, Stefan/Imbusch, Peter (eds.): *Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen*. Opladen, pp. 35-54.
- (2003a): "Die Spitzen der Gesellschaft und die modernen Formen der Herrschaft". En: Hradil, Stefan/Imbusch, Peter (eds.): *Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen*. Opladen, pp. 101-110.
- Lasswell, Harold D./Lerner, Daniel (eds.) (1965): *World Revolutionary Elites*. Cambridge, Mass.

- Lipset, Seymour Martin/Solari, Aldo (1969): *Elites in Latin America*. Oxford.
- Lüthje, Jürgen (1995): "Elite statt Bildung". En: *Der Spiegel* No. 27.
- Marx, Karl (1974): *Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte*. Berlin.
- Michels, Robert (1910): *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie*. Leipzig.
- Mills, C. Wright (ed.) (1966): *Klassik der Soziologie. Eine polemische Auslese*. Frankfurt/Main.
- Montesquieu, Charles-Louis Secondat (2003): *Vom Geist der Gesetze*. Stuttgart.
- Mosca, Gaetano (1966): "Die herrschende Klasse". En: Mills, C. Wright (ed.): *Klassik der Soziologie. Eine polemische Auslese*. Frankfurt/Main, pp. 191-231.
- Neue Zürcher Zeitung* (2005): *Lateinamerikas korrupte Präsidenten*, 10 de noviembre, p. 4.
- Nolte, Detlef (1999): "Rechtsreformen und Demokratie in Lateinamerika". En: Ahrens, Helen/Nolte, Detlef (eds.): *Rechtsreformen und Demokratieentwicklung in Lateinamerika*. Frankfurt/Main, pp. 9-35.
- Pareto, Vilfredo (1966): "Eliten, Gewalt, Regierungsformen". En: Mill, C. Wright (ed.): *Klassik der Soziologie. Eine polemische Auslese*. Frankfurt/Main, pp. 261-294.
- Paris, Rainer (2003): "Autorität – Führung – Elite: Eine Abgrenzung". En: Hradil, Stefan/Imbusch, Peter: *Oberschichten – Eliten – Herrschende Klassen*. Opladen, pp. 55-72.
- Parsons, Talcott (1964): *Essays in Sociological Theory*. New York: Free Press of Glencoe.
- Röhrich, Wilfried (1975): *"Demokratische" Elitenherrschaft. Traditionsbestände eines sozialwissenschaftlichen Problems*. Darmstadt.
- Ruegg, Walter (1983): "Eliten in der Demokratie – Reform und Repräsentation". En: Geissler, Erich E./Ruegg, Walter: *Erziehung zu neuen Tugenden? Eliten in der Demokratie*. Köln, pp. 47-73.
- Saint Simon, Henri de (1869): *Œuvres*. Paris.
- Stammer, Otto (1975): "Das Elitenproblem in der Demokratie". En: Röhrich, Wilfried (ed.): *"Demokratische" Elitenherrschaft. Traditionsbestände eines sozialwissenschaftlichen Problems*. Darmstadt, pp. 192-224.
- Waldmann, Peter (2000): "Gesellschaftliche Ungleichheit und Machtverhältnisse". En: Hirsch-Weber, Wolfgang/Nolte, Detlef (ed.): *Lateinamerika: Ökonomische, soziale und politische Probleme im Zeitalter der Globalisierung*. Hamburg, pp. 51-61.
- (2006): *El Estado anómico. Derecho, seguridad pública y vida cotidiana en América Latina*. Madrid.